
CONTRA LA DESIGUALDAD

William M. Dugger

Profesor de Economía, Universidad de Tulsa.

Artículo presentado como Discurso Presidencial en la reunión anual de la Association for Evolutionary Economics, Chicago, enero 3-5 de 1998. El autor agradece los comentarios de Walter Neale y Howard Sherman. Tomado del *Journal of Economic Issues* XXXII, 2, junio de 1998. Se publica con autorización de la Association for Evolutionary Economics, entidad poseedora de los derechos de autor.

Resumen

Dugger, William. "Contra la desigualdad", Cuadernos de Economía, v. XVII, n. 29, Bogotá, 1998, páginas 267-288.

William Dugger cuestiona la idea convencional de que la desigualdad es necesaria para el desarrollo económico, mediante el examen histórico e institucional de cinco de los principales sistemas de desigualdad existentes en la actualidad: el racismo, el sexismo, el clasismo, el chovinismo y el antisemitismo. Expone diversas razones para justificar que la redistribución no es la solución; que la desigualdad es patológica, acumulativa y social; que se apoya en el mito y que la actual doctrina económica es un sistema mitológico que preserva el statu quo y confunde la actual economía de codicia y envidia colectivas -basada en el poder de las grandes corporaciones- con una economía de iniciativa individual, eficiencia y mercados competitivos. Y muestra que el laissez faire es impracticable porque el Estado siempre actúa, aun cuando siga políticas económicas no intervencionistas. En contra del simplismo de quienes defienden la disyunción 'Estado o mercado' opone la antigua conjunción institucionalista: 'Estado y mercado'. En cuanto a la desigualdad, resume así el problema central de nuestra época: "¿Cuánta desigualdad creará y permitirá el Estado para preservar la estructura del sistema de mercado?"

Abstract

Dugger, William. "Against Inequality", Cuadernos de Economía, v. XVII, n. 29, Bogotá, 1998, pages 267-288.

William Dugger questions the conventional idea that inequality is necessary for economic development through a historical and institutional examination of five of the major systems of inequality currently existing: racism, sexism, classism, jingoism, and antisemitism. It puts forward various reasons to justify that redistribution is not the solution; that inequality is pathological, cumulative, and social; that it rests on myth and that current economic doctrine is a mythological system which preserves the status quo and confuses the current economy of collective greed and envy -based on the power of the large corporations- with an economy of individual initiative, efficiency, and competitive markets. And it shows that laissez faire is impractical because the State always acts, even when it follows non-interventionist economic policies. Against the oversimplification of those who defend the dichotomy 'State or market', it opposes the old institutionalist conjunction 'State and market'. As for inequality, it summarizes as follows the central question of our age: "how much inequality will the State create and allow in order to preserve the structure of the market system?"

DEFINICIÓN Y PLAN DE ATAQUE

La desigualdad es la división sistemática de los miembros de una sociedad en grupos separados para beneficio de un grupo en perjuicio de los demás. A los miembros del grupo beneficiado los denomino 'los de arriba' y a los del grupo perjudicado, 'los de abajo'. Aquí me refiero a cinco sistemas de desigualdad: racismo, sexismo, clasismo, chovinismo y antisemitismo. La forma en que la economía convencional trata la desigualdad es errónea y causa mucha aflicción. En contra de la economía convencional, la desigualdad no es una inversión social en productividad futura. Es un vicio, no una virtud.

Después de podar la maleza, examino las siguientes características de la desigualdad: 1. La redistribución no es la solución; 2. La desigualdad es patológica; 3. La desigualdad es acumulativa; 4. La desigualdad es social; 5. La desigualdad se apoya en el mito; y 6. El *laissez faire* ante la desigualdad es impracticable.

LA PODA DE LA MALEZA

La maleza: la creencia errónea en que la desigualdad del ingreso es una forma de inversión social es defendida por los ricos privilegiados y por los economistas convencionales. Los ricos saben que esa es la verdad. Si no son ricos, los economistas la aprenden durante sus estudios de pregrado y de posgrado. Quizá muchos inician su formación con una fuerte propensión a creérsela. Pero, sea como sea, en sus años de educación formal, los economistas convencionales aprenden a hacer los supuestos correctos y a examinar las relaciones correctas. No examinan si la desigualdad reduce las capacidades de los de abajo; suponen que la desi-

gualdad es la causa de que los ricos financien la inversión a partir de sus ahorros. Los economistas convencionales aprenden a no examinar la idea keynesiana de que el ahorro de los ricos no financia la inversión. También aprenden a no preguntarse si realmente el ahorro de los ricos proviene de los sacrificios de los pobres. Walter Neale, que *no* aprendió esas cosas, viaja a través de la maleza convencional del ahorro y concluye, entre otras cosas, que *ha* aprendido que

la atribución del ahorro [a quien ahorra] es ideológica. Sirve para justificar el incremento de los activos de los ganadores. El hecho de que algunos califiquen para ser ahorradores... y otros no califiquen es una consecuencia de la forma en que nuestro sistema distribuye la propiedad, el poder de compra y el poder para adquirir activos [Neale 1991, 1166, he añadido los paréntesis cuadrados].

La desigualdad es sistemática, no fortuita. Todo sistema de desigualdad selecciona a las personas para separarlas en grupos de arriba y de abajo. Esa agrupación no es el producto de un orden social espontáneo (una mano invisible) o de una elección individual sino de la acción colectiva. Todo sistema de desigualdad requiere un conjunto diferente de acciones colectivas. Se requieren acciones colectivas específicas para crear y mantener un sistema de desigualdad racial. Se deben establecer, *adjudicar* y hacer cumplir leyes raciales. Se deben establecer y justificar instituciones independientes y desiguales. Estas acciones colectivas sistemáticas para degradar a una raza y encumbrar a otra son costosas. Se requiere un conjunto diferente, pero parcialmente superpuesto, de acciones colectivas para crear y mantener un sistema de desigualdad de clase. Esas acciones se ocupan de establecer, asignar, justificar y proteger los derechos de propiedad. Estas acciones colectivas son costosas. Se requiere otro conjunto diferente, pero parcialmente superpuesto, de acciones colectivas para crear y mantener un sistema de desigualdad de género. Éstas establecen, justifican y hacen cumplir los roles de los miembros de la familia, los derechos reproductivos de los hombres y los deberes reproductivos de las mujeres, y los diversos privilegios de los hombres y las desventajas de las mujeres. Estas acciones son costosas. Se requieren acciones colectivas específicas para crear y mantener un sistema de desigualdad entre naciones. Se deben establecer y mantener ejércitos, fuerzas navales, fuerzas aéreas, patrullas fronterizas y servicios de inteligencia. Se deben emprender guerras. Estas acciones colectivas son costosas. También se requiere un conjunto de acciones colectivas para crear y mantener un sistema de desigualdad religiosa. Se deben establecer y hacer cumplir creencias y prácticas aceptables e inaceptables. Se debe descubrir y sancionar a la herejía y a la apostasía. Estas acciones son costosas.

Esos costosos conjuntos de acciones colectivas son necesarios para degradar grupos enteros de personas, privarlos de ingreso, estatus y poder, limitar su participación social y, eventualmente, quitarles la vida. Las privaciones y las limitaciones debilitan al grupo de los de abajo reduciendo sus capacidades. La imposición de la desigualdad no facilita el ahorro y la inversión en capital físico; en cambio, priva a los de abajo de la posibilidad de participar en procesos sociales de toda índole.

El punto de partida del análisis de la desigualdad establece grandes diferencias. Si empieza antes de imponer la desigualdad, y luego se la impone, la desigualdad es una desviación y una apropiación. Pero si empieza después de haberla impuesto, la renuencia a distribuirlos parece ser una renuencia a apropiárselos; y si empieza redistribuyendo el ingreso a los de abajo, se da la impresión de estar reduciendo el ahorro y la inversión. Aquí tenemos un mundo semejante al de *Alicia en el país de las maravillas*, donde las cosas son lo que son porque *parecen* ser así (para un análisis más detallado, ver Neale [1991]).

LA REDISTRIBUCIÓN NO ES LA SOLUCIÓN

Las cosas pueden aclararse comparando las supuestas filtraciones del economista neoclásico Arthur Okun con las relaciones legales reales del economista institucionalista Warren Samuels [Okun 1975, Samuels 1981]. Okun pone a la defensiva a los defensores de la igualdad —los que se oponen a los racistas, sexistas, clasistas, antisemitas y chovinistas— convirtiendo erróneamente la oposición a los sistemas de desigualdad en un apoyo a la igualdad estricta. Dos posiciones que no son idénticas. Okun recusa así a los igualitaristas:

Toda insistencia en repartir la torta en trozos iguales reduce el tamaño de la torta. Ese *hecho* plantea el problema del '*trade off*' entre igualdad económica y eficiencia social [Okun 1975, 48, cursivas de Dugger].

Los igualitaristas rara vez defienden una igualdad estricta del ingreso [Tool 1996]. Clarence Ayres explicó que "la igualdad significa la ausencia de barreras artificiales y arbitrarias" [Ayres 1961, 187].

Okun no sólo desconoce lo que dicen realmente la mayoría de los igualitaristas sino que eleva a la categoría de *hecho* el argumento convencional de que la igualdad y la eficiencia constituyen *trade offs*. Luego consagra su aseveración-transformada-en-hecho con la famosa analogía del cubo con filtraciones. Cuando el gobierno redistribuye el ingreso de los ricos a los pobres, algo se filtra. No todo el ingreso que extrae a los ricos llega a los pobres. Lo que se filtra constituye una ineficiencia. Las filtraciones incluyen cosas tales como los costos administrativos, la reducción

y mala asignación del esfuerzo laboral, y el cambio de motivaciones [Okun 1975, 91-114; Dugger 1981, 1984]. De esto se deduce que si el gobierno se abstuviera de responder a las peticiones de los de abajo, se reduciría la ineficiencia y la torta crecería más rápidamente para todos los grupos, ricos y pobres por igual.

¿Pero qué pasa si el gobierno llevó previamente el agua desde un grupo de personas a las que empobreció hasta otro grupo al que enriqueció? ¿Los cubos en los que la llevó no tenían filtraciones? Si los cubos tienen filtraciones cuando Robin Hood lleva agua de los ricos a los pobres, también tienen filtraciones cuando el Sheriff de Nottingham lleva agua de los pobres a los ricos.

Samuels extrae la verdad de esta turbia confusión acerca de las filtraciones de los cubos del gobierno. El hecho es que el gobierno se ocupa continuamente de asignar y reasignar derechos y obligaciones, privilegios y desventajas, limitaciones y protecciones. Aunque el gobierno piense que eso no es lo que hace, eso lo que hace. De acuerdo con Samuels, "el problema no es gobierno o no gobierno sino cuáles son los intereses, es decir, cuáles son los intereses que el Estado suele afectar" [Samuels 1981, 104]; y lo explica aún más:

Existe un conjunto inexorable de decisiones propias del gobierno —el Estado, las leyes, el proceso legal— que le son indisolubles: decisiones referentes a los derechos relativos (¿qué derechos serán atribuidos efectivamente a quiénes?), decisiones referentes al castigo de las ofensas (¿a quién se permitirá perjudicar a quién, o quién sacrificará a quién; y cuándo se trata de una ofensa, es decir, cuándo se reconoce legalmente como tal?) y decisiones referentes a quién quedará expuesto al poder coercitivo de quién. El Estado debe elegir en todos esos asuntos y así lo hace; existe escasez en el sentido de que no puede satisfacer intereses y pretensiones contrarias al mismo tiempo (con la tecnología existente), lo que da lugar a conflictos (por ejemplo, pleitos en los tribunales o aprobación legislativa de una reforma) y a la necesidad de decidir [Samuels 1981, 100].

Estas decisiones fundamentales del gobierno en torno de los derechos, las ofensas y los poderes coercitivos influyen considerablemente en quiénes estarán arriba y quiénes estarán abajo y, por tanto, quiénes serán ricos y quiénes serán pobres. La redistribución mediante cubos con supuestas filtraciones es *posterior* a unas decisiones determinantes que ya se han tomado, *después* de que hemos sido clasificados en los grupos de arriba y en los grupos de abajo. La confusión acerca de los cubos agrietados es posterior al juego real que ya se jugó. Es entonces cuando la renuencia a redistribuir se presenta como ahorro e inversión en productividad futura.

¿Si la redistribución no es el juego real, cuál es entonces? El juego real es la instauración de los sistemas de desigualdad basados en raza, género, nación o etnia y religión. Luego de que las acciones colectivas los han instaurado, los esquemas de redistribución sólo pueden lograr pequeños ajustes en los márgenes.

Tomemos como modelo el sistema de desigualdad basado en la raza: una vez instaurado, se pueden transferir cantidades sustanciales de ingreso de la raza supuestamente superior a la raza supuestamente inferior *sin modificar la desigualdad fundamental que hay entre ellas*. Esa desigualdad fundamental genera una creciente resistencia a incrementar la redistribución. Ésta, a su vez, ocasiona filtraciones cada vez mayores en los cubos. Lo que se debe eliminar es la desigualdad fundamental entre razas, géneros, clases, religiones y países. La solución real de la desigualdad es la reconstrucción institucional que elimina los sistemas de desigualdad, no los ajustes marginales que atenúan las asperezas de los sistemas de desigualdad. La solución real implica ampliar la participación de los grupos previamente estigmatizados y excluidos [Waller 1992].

LA DESIGUALDAD ES PATOLÓGICA

La desigualdad no es una inversión social racional en el crecimiento (este problema de la racionalidad y la desigualdad se trata en mayor extensión en Rawls [1971]). La desigualdad está mucho más cerca de la locura que de la racionalidad. La locura es una elección irracional de seguir un camino perjudicial. Es una enfermedad social, una enfermedad mental contagiosa que sufren los dirigentes de una sociedad, que infectan a otros miembros de la sociedad. Para entender la locura, debemos ir más allá del supuesto de racionalidad de los economistas convencionales; debemos estudiar la historia del comportamiento humano real. Como guía en esta excursión por la locura, he elegido a una de mis historiadoras favoritas, Barbara Tuchman.

Tuchman explica el carácter y la evolución de la locura humana en *The March of Folly*. Allí define la locura como "la adopción de políticas contrarias al interés de los electores o Estados involucrados" [Tuchman 1984, 4]. El poder es la clave para entender su carácter: "la locura es hija del poder". El poder no sólo corrompe, también "produce deficiencias mentales" [Tuchman 1984, 32].

Una vez que un grupo dirigente ha elegido un curso de acción particular, la locura actúa persistentemente para mantener ese curso a pesar de que algunos dirigentes muestren que es contraproducente y que existen alternativas. Luego, la locura empieza a transformarse en principios rígi-

dos e intolerancia con los disidentes. Después vienen los autoengaños y el ensimismamiento, y se elimina todo residuo de la racionalidad que pudo haber en el grupo dirigente. Y este grupo se convence a sí mismo, en contra de los hechos, de que no existen alternativas al camino que eligió. Acaba convenciéndose de su propia propaganda. Y queda atrapado en sus propias mentiras. A estas trampas las denomino "mitos permisivos".

El tratamiento que la economía convencional da a la desigualdad es, justamente, una de esas trampas, un autoengaño y un ensimismamiento muy refinados. Lo que es irracionalmente costoso (ineficiente) es la instauración y el mantenimiento de la desigualdad, no la transferencia de ingreso a los pobres en cubos agrietados. Pero nuestro empecinamiento en mantener la locura de la desigualdad a través del racismo, el sexismo, el clasismo, el chovinismo y el antisemitismo nos ha cegado ante la realidad y la existencia de alternativas. Nos obstinamos en la locura desmejorando la nutrición, el vestuario, la calidad de la vivienda, la atención médica, la educación y las oportunidades profesionales de los afro-americanos, las mujeres, los trabajadores y los extranjeros. Los economistas institucionalistas, marxistas y keynesianos han señalado que ésta no es la forma de aumentar la productividad futura.

Para degradar a las personas y mantenerlas relegadas se necesitan refinados procesos de control social, los que a su vez requieren personal y aparatos burocráticos costosos. Tres clases de costos vienen inmediatamente a la mente: 1. *Guerra*: marinos, pilotos, soldados, espías, bombas, armas de fuego, balas, aviones, tanques, barcos, misiles; en su discurso de aceptación del premio Veblen-Commons de 1997, Seymour Melman estimó que desde el final de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos han hecho un gasto militar mayor del que costaría remplazar el acervo total de capital de nuestra economía. 2. *Justicia penal*: policías, jueces, abogados acusadores, abogados defensores, guardias, custodios, verdugos, cárceles municipales, prisiones estatales y penitenciarías federales aumentan considerablemente nuestra carga [Horner 1996, Foucault 1979]. 3. *Propaganda*: gurúes, fotógrafos, radiodifusoras, teleperiodistas, locutores de radio, impresores, reporteros y profesores convencionales de economía; todos ellos son necesarios para nutrir la cultura que se regodea con los mitos permisivos [Galbraith 1970, 1973, 1992; Dumas 1986, cuya teoría de la desviación de recursos es de gran interés].

Es una locura esperar que nuestros actuales sistemas de desigualdad ayuden mucho a producir nueva tecnología productiva y nueva acumulación de capital. A la estimación de los costos totales deben sumarse los

costos de oportunidad de limitar el despliegue de los talentos humanos de los grupos oprimidos.

El tratamiento que se da en este artículo no pretende ser definitivo sino meramente indicativo. Indica que hay puntos para temas de tesis en las siguientes preguntas: 1. ¿Cuánto nos cuesta el racismo? 2. ¿Cuánto nos cuesta el sexismo? 3. ¿Cuánto nos cuesta el clasismo? 4. ¿Cuánto nos cuesta el chovinismo? ¿La economía de las indemnizaciones debería tener un lugar similar al de la economía del intercambio?

La desigualdad no es instrumental. No es un medio socialmente ventajoso para acumular capital o estimular el desarrollo de nueva tecnología. La instauración de desigualdades en el presente no es una inversión en un mañana más productivo. No es un medio para lograr un fin socialmente deseable. La desigualdad es un estado morbosos que mutila a una parte significativa de la sociedad con mala nutrición, mala salud, ignorancia y frustración. Mutilarla en el presente no es el remedio para que tenga buena salud en el futuro.

LA DESIGUALDAD ES ACUMULATIVA

La desigualdad es acumulativa, no autocorrectiva; aumenta o disminuye; rara vez se mantiene igual y nunca llega al equilibrio. A este respecto, la desigualdad difiere de la locura. La locura puede autocorregirse porque suele llevar al debilitamiento e incluso al colapso o a la desaparición de la elite que la padece [Tuchman 1984]. Por otra parte, la desigualdad suele fortalecer a la elite que la fomenta, excepto cuando va tan lejos que debilita profundamente el sistema social del que forma parte y lo lleva al colapso. En ese caso, la desigualdad puede autocorregirse en un sentido suicida. La desigualdad basada en los agrupamientos nacionales o étnicos y en el antisemitismo pueden ser de ese tipo.

Un ejemplo de antisemitismo suicida

El breve y brutal curso que siguió el sistema de desigualdad instaurado por los nazis alemanes resultó ser de tipo suicida. Ese ejemplo de antisemitismo y nacionalismo extremos es un caso bastante conocido y aún muy cercano de un rápido descenso acumulativo hacia la desigualdad. Esa espiral descendente y acumulativa terminó en la muerte y en una destrucción descomunal.

El largo curso suicida de antisemitismo elegido por los cristianos de la península ibérica fue más lento y está más alejado de nosotros en el tiempo; por tanto, también está más distante de nuestros compromisos

emocionales y personales. La historia nunca es unidimensional y es claro que otros factores distintos del antisemitismo obraron en contra de los cristianos ibéricos. No obstante, el curso elegido por 'los de arriba' en España y Portugal es muy instructivo; en 1492, ellos vivían seguros en el mundo como la ostra en su concha. Pero, a pesar de algunos brotes accidentales de sentido común, se las arreglaron para iniciar la decadencia y mantenerla por varios siglos. Aquí se destacan algunos detalles de la forma en que lo lograron. Para la gran civilización que floreció en la península hispano-portuguesa, esa marcha acumulativa y suicida comenzó el primero de noviembre de 1478 cuando, a instancias de Fernando e Isabel, una bula del Papa Sixto IV autorizó la Inquisición Española. Esta bula dispuso que ellos pagaran los gastos de la Inquisición a cambio de las propiedades que confiscaran a todos los convictos de herejía. Aun los herejes que habían muerto muchos años antes podían ser enjuiciados y sus propiedades confiscadas. En esos casos, desenterraban sus huesos y los quemaban en la hoguera, y sus herederos eran obligados a entregar su herencia a la corona. Aparentemente, esta última práctica llevó a la muerte a quienes fueron condenados en la España del siglo dieciséis con una frecuencia que no envidiarían quienes fueron condenados en el Chicago del siglo veinte.

Sin embargo, los monarcas cristianos de España encontraron un estorbo para ejercer su forma particular de desigualdad en el hecho de que la Inquisición solo tenía autoridad sobre los cristianos bautizados. Como los judíos y los musulmanes confesos no podían ser condenados por herejía, fueron sometidos a grandes presiones para que se convirtieran y se bautizaran. Pero si no lo hacían no eran culpables, al menos de herejía. Además, en la capitulación del último bastión musulmán de la península —Granada, en 1492— los términos de la rendición ante Fernando e Isabel establecieron que los musulmanes eran libres de practicar su propia religión. Después de 781 años, el poder musulmán en España fue abatido. Pero Fernando e Isabel no quedaron satisfechos. Inmediatamente, en ese mismo año fatídico de 1492, concentraron su ataque antisemita sobre los judíos. El 30 de marzo firmaron un edicto de exilio que les daba plazo hasta el 31 de julio para bautizarse o irse, so pena de muerte. El edicto se aplicó a todas las edades y condiciones. Manuel, Rey de Portugal, ya no tenía motivos para abstenerse de atacar a los musulmanes, y en 1496 obligó a todos los semitas —judíos y musulmanes— a aceptar el bautismo o la deportación. Los únicos que quedaron fueron los musulmanes de España. Y no duraron mucho. El exilio de los musulmanes españoles comenzó el 12 de febrero de 1502, con el edicto real de Fernando e Isabel que dio a los musulmanes de León y Castilla plazo hasta el 30 de abril para que se convirtieran o abandonaran el reino. El edicto no permitía que los padres se llevaran a sus hijos meno-

res de 14 años ni a su hijas menores de 12 años. Con el último musulmán, la Inquisición quedó libre, por varias generaciones, para ensañarse contra los 'conversos' (judíos convertidos), los 'moriscos' (moros o musulmanes convertidos) y muchas otras víctimas desventuradas en España, Portugal y el Nuevo Mundo.

La conclusión de Stanley Lane-Pool a su historia de los moros en España ofrece una cruda síntesis de este sistema de desigualdad hispano-portugués:

Los moros padecieron el destierro; la España cristiana resplandeció por un instante, como la luna, con una luz ajena; luego llegó el eclipse y, desde entonces, España se arrastra en la oscuridad. El verdadero monumento a la memoria de los moros se yergue en la regiones desoladas y yermas donde una vez el musulmán cultivó viñedos y olivos exuberantes, y doradas espigas de trigo; en una población estúpida e ignorante donde una vez florecieron la imaginación y la sabiduría [learning]; en el estancamiento y la degradación general de un pueblo que descendió sin esperanza en la escala de las naciones y mereció su humillación [Lane-Pool 1990, 200].

El suicidio de una gran sociedad no cabe, sin embargo, en el estrecho marco del equilibrio, al que los economistas neoclásicos conciben como el resultado de fuerzas que se contrarrestan racionalmente. Más precisamente, el concepto de equilibrio de la *teoría* económica convencional involucra un sistema de causación compensatoria que logra la estabilidad debido a que toda causa contrarresta a las demás. No obstante, los diferentes sistemas de desigualdad que encontramos en el *mundo* económico involucran una causación acumulativa en la que un círculo vicioso de desigualdad crecientemente acumulativa hace que las cosas empeoren o en la que un círculo virtuoso de desigualdad decrecientemente acumulativa hace que las cosas mejoren.

Causación acumulativa

Thorstein Veblen fue, casi con certeza, el primer economista que rechazó el equilibrio y la normalidad y trató de teorizar en términos de causación acumulativa. En una rara ocasión de anormal optimismo, Veblen afirmó:

Sólo es cuestión de tiempo para que ese hábito mental (esencialmente animista) que proviene de la noción de normalidad definitiva sea desplazado del campo de la investigación económica por el hábito mental (esencialmente materialista) que busca comprender los hechos en términos de causación acumulativa [Veblen 1919, 81].

Veblen influyó en Allyn Young y Nicholas Kaldor, quienes entendieron cuán importantes eran los rendimientos crecientes y consideraron seriamente la causación acumulativa en sus teorizaciones [Hodgson 1993,

129-30]. Gunnar Myrdal fue quizá el primero en estudiar cuidadosamente un sistema amplio y duradero de causación acumulativa en su estudio del círculo vicioso del racismo en los Estados Unidos (ver su estudio clásico de 1944 sobre el racismo, *Asian Dilemma*). Es posible entrar al círculo vicioso en cualquiera de sus puntos para entender las fuerzas involucradas. Supongamos que entramos después de que los afro-americanos fueron degradados por la esclavitud y los códigos esclavistas, después de Jim Crow. Al estar privados de roles sociales y económicos enaltecedores, de comida, ropa, abrigo, atención médica y educación adecuadas en comparación con los europeo-americanos, se hallan entonces menos motivados, con mala salud, mal vestidos y mal educados. Esto facilita que los europeo-americanos los miren por encima del hombro, como a seres inferiores, y que socaven su autoconfianza y su autoestima con distinciones envidiosas. La desigualdad empeora. Los europeo-americanos descubren que es fácil aprovecharse de los afro-americanos sin remordimientos de conciencia. Los afro-americanos son inducidos a aceptar su destino y a culparse a sí mismos por sus 'defectos'; son empujados a descender aún más abajo. Su más baja condición hace aún más fácil que los europeo-americanos los miren con profundo desprecio, de modo que los perjudican aún más. La desigualdad empeora continuamente.

En el círculo vicioso, la mala situación de los de abajo parece justificar el menosprecio de los de arriba, y ese menosprecio *hace más fácil* que se alejen aún más de los de abajo. El círculo vicioso de causación acumulativa continúa sin ningún equilibrio a la vista. Aunque podría ensayarse una solución final, como hicieron Fernando e Isabel y más tarde Hitler.

La participación en la guerra, la migración a las ciudades industriales, la apertura de nuevos empleos y la clausura de los viejos a causa del cambio tecnológico pueden elevar la autoconfianza de los de abajo cuando aumentan las oportunidades de mejorar su situación. La causación acumulativa del círculo vicioso se detiene cuando el menosprecio y la arrogancia de los de arriba se debilitan y el muro de exclusión que los separa de los de abajo se derrumba. La causación acumulativa del círculo virtuoso empieza a reducir la desigualdad. La mala nutrición, la enfermedad, la ignorancia y la autoconmiseración fatalista disminuyen entre los de abajo. Se vuelven más productivos y sus condiciones mejoran más rápidamente, lo que eleva aún más sus actitudes y hace retroceder todavía más el menosprecio y la arrogancia de los de arriba, en una espiral ascendente acumulativa sin ningún equilibrio a la vista. El punto final de esta secuencia, si ese concepto tiene algún sentido, puede ser la plena igualdad y la participación de los que antes estaban abajo.

LA DESIGUALDAD ES SOCIAL

Los individuos y sus elecciones son importantes, por supuesto. Los individuos eligen y las acciones que emprenden como resultado de sus decisiones tienen consecuencias. No obstante, la desigualdad es social, no individual; es decir, el grado de desigualdad de una sociedad es un producto de los procesos sociales más que de elecciones individuales. En la generación colectiva de privilegios y carencias intervienen varios procesos sociales. El género, la raza, la nación, la religión y la clase se utilizan para iniciar los procesos que dividen a las personas en poderosos, quienes se benefician, y excluidos, quienes se perjudican. Todo proceso social establece el contexto y los límites dentro de los que los individuos, clasificados en esos grupos, eligen y actúan. Igualmente, todo proceso establece, dentro de márgenes más o menos amplios, los premios y las sanciones —las consecuencias— de las decisiones y las acciones individuales.

Esto se aclara con tres ejemplos tomados de los sistemas de desigualdad de los Estados Unidos. Una mujer afro-americana pobre y una mujer europeo-americana rica deciden tener relaciones sexuales. Para la primera, la decisión puede llevarla a recurrir al 'programa de asistencia a la maternidad'; mientras que para la segunda, a un aborto discreto y seguro. Para un hombre europeo-americano maduro, esa decisión no tendrá, por supuesto, consecuencias adversas. Los hombres no eligen quedar preñados; deciden preñar a las mujeres y también pueden establecer leyes que los mantengan protegidos. Los individuos toman decisiones pero la sociedad adjudica las consecuencias. Dentro de los sistemas de desigualdad, las consecuencias son obscenamente desiguales.

Así, aunque los individuos fueran igualmente libres para elegir cualquier curso de acción (y no lo son), *no* deciden la magnitud de las consecuencias. Para quienes han sido asignados al grupo de los de abajo por los procesos sociales, las consecuencias adversas de la acción son peores que para quienes están asignados al grupo de los de arriba. Además, las consecuencias benéficas de las acciones son menores para los primeros que para los segundos. Los individuos no eligen su género, raza, nacionalidad, religión o clase de nacimiento. Por el contrario, los procesos sociales los encasillan en esas agrupaciones y les enseñan los roles, los premios y las sanciones. (El lector debe comparar este esfuerzo por dar un tratamiento empíricamente realista a la elección individual con el esfuerzo de Roemer [1994] por darle un tratamiento lógicamente riguroso).

La economía convencional reduce todo a elecciones individuales. Como resultado, omite muchas cosas importantes; presta muy poca atención al aprendizaje y a la socialización. Los ejemplos son abundantes: a las

personas que tienen testículos se les asigna y enseña el rol de hombres y a las personas que tienen ovarios se les asigna y enseña el rol de mujeres; ni los crean ni los eligen individualmente. Las personas nacen con una parentela específica. Si nacen en Estados Unidos y uno de sus padres, abuelos o tatarabuelos es negro, se las asigna a la raza negra y se les enseña el rol de afro-americanos; no los eligen individualmente; no los crean individualmente. Si nacen en Brasil y uno de sus padres, abuelos o tatarabuelos es blanco, se las asigna a la raza blanca y se les enseña el rol de brasileño blanco; no los eligen individualmente; no los crean individualmente. Las personas también nacen con una nacionalidad y en una clase particulares, aunque a veces pueden cambiarlas, con dificultad. Y también con dificultad pueden cambiar de sexo. No obstante, la cuestión es clara: la desigualdad basada en el género, la raza, la nacionalidad, la religión o la clase es social y no individual. Aun cuando las personas pueden hacer elecciones individuales para cambiar su religión o su cultura étnica y aun cuando pueden hacer esfuerzos suprahumanos para lograrlo, otros hacen esfuerzos para impedirselo. En España y Portugal, la Inquisición trabajó afanosamente para extirpar a los semitas. Los nazis hicieron lo mismo en Alemania y en la Europa ocupada.

La comprensión de la desigualdad empieza con el estudio de los procesos y las instituciones sociales, no con la optimización y la elección individuales. Los estudiosos de la desigualdad parten de la acción colectiva que produce revoluciones, guerras, diásporas, inquisiciones, holocaustos, códigos esclavistas, leyes tipo Jim Crow y patriarquía; y también, derechos civiles, derecho a votar y derechos laborales.

La comprensión del carácter colectivo de los derechos de propiedad es crucial. Los derechos de propiedad son el resultado de muchos siglos de acción colectiva, no elementos de un orden espontáneo: es imposible sobreestimar la importancia del movimiento inglés para cercar las tierras comunales, de la conquista española, del establecimiento del comercio atlántico de esclavos, de la apropiación de la propiedad tribal por los Estados Unidos de América, de la ley de derechos mineros y de otras tantas leyes fraudulentas similares (sobre los cercamientos, ver Tawney [1967]; sobre la conquista, Todorov [1984]; sobre la esclavitud, Davis [1966]; sobre la propiedad tribal, Miner [1976]).

LA DESIGUALDAD SE APOYA EN EL MITO

La desigualdad se apoya en lo que he llamado mitos permisivos [Dugger 1996a]. El tema general del mito recorre una extensa serie de trabajos de economía institucionalista; desde Veblen, quien consideró que virtualmente la totalidad del corpus de la economía convencional era un mito, pasan-

do por *The Folklore of Capitalism* de Thurman Arnold [1937], hasta "Power and the Useful Economist" de Galbraith [1973], y aún más allá.

Los mitos permisivos mantienen la desigualdad justificándolos a los ojos de los de arriba y los de abajo. Es fácil y bien pago proporcionar a los de arriba una justificación de sus privilegios y de las carencias de los de abajo. Todos queremos creer que los privilegios que tenemos son suficientemente merecidos y que cualquier perjuicio que causamos a los demás es por su propio bien o la retribución que se merece. Es seguro que los torturadores de la Inquisición así lo creían. Los mitos permisivos contribuyen a confirmar y a justificar nuestras creencias fariseas, si somos los de arriba. Éste fue uno de los primeros temas de estudio de Clarence Ayres. Su *Holier than Thou: The Way of the Righteous*, de 1929, fue un excelente análisis de la incidencia de los mitos entre los miembros del grupo de arriba de la vida norteamericana [Ayres 1973].

Sin embargo, si somos los de abajo, los mitos permisivos deben trabajar más arduamente para convencernos de que los perjuicios que nos ocasionan son para nuestro propio bien o que nos los merecemos. También es mucho más difícil convencer a los de abajo de que los derechos que se les niegan no eran para ellos cuando se establecieron. No obstante, eso es lo que hacen los mitos permisivos. Permiten que los de arriba sigan disfrutando su situación y que los de abajo no se rebelen contra la suya.

Los mitos permisivos son de dos tipos básicos. El primero es un conjunto de estereotipos acerca de la inferioridad de los de abajo y la superioridad de los de arriba. Esos estereotipos son el contenido básico de todos los sistemas de desigualdad. Los estereotipos racistas incluyen toda suerte de estigmas contra la raza supuestamente inferior y todo tipo de alabanzas a la raza supuestamente superior. El sexismo entraña embustes acerca de la supuesta inferioridad de las mujeres y la supuesta superioridad de los hombres. El clasismo está constituido por falsedades acerca de la frugalidad y la seriedad de la clase superior y el desenfreno y la frivolidad de la inferior. El chovinismo es una serie de mentiras xenofóbicas acerca de la depravación esencial de los extranjeros y la bondad natural de los connacionales. Esos estereotipos son fácil y continuamente develados, pero resurgen fácil y continuamente en nuevas formas. Por ejemplo, los conspiradores terroristas internacionales sustituyeron a los conspiradores comunistas internacionales, pero la xenofobia ha seguido beneficiando a los poderes existentes.

Mientras que el primer tipo se refiere a la naturaleza de las personas, el segundo se refiere a la naturaleza del sistema social. Y para ambos "el hecho es que el interés por la verdad es bastante limitado" [Ayres 1973,

39]. El sistema de libre empresa es un mito permisivo acerca del sistema social. En la época de Adam Smith, su sistema de libertad natural fue un poderoso argumento en favor de los dueños de factorías y tenderos advenedizos (el trabajo de Robert Heilbroner sobre el lugar de Adam Smith en la historia de las ideas es aún el más profundo [Heilbroner 1986]). En manos de Adam Smith, la economía fue un alegato contra los de arriba y los de la mitad. En manos de los fisiócratas franceses, la economía fue revolucionaria; *su* economía fue un importante soporte de la Revolución Francesa de 1789. Hoy, *nuestra* economía se ha convertido en una defensa del *statu quo*. Esta absurda modificación del aliciente de la economía es similar a la de un alquimista que intentara transmutar el oro en plomo (Malthus tuvo mucho que ver con esta abominación [Dugger 1990]). La doctrina economía es hoy un sistema de creencias y significados que enseña a las personas a confundir una economía de codicia y envidia colectivas y de poder corporativo con una economía de iniciativa individual, eficiencia y mercados competitivos. Ese conjunto de creencias y significados está hoy codificado en la economía neoclásica, y los alquimistas de hoy son los economistas convencionales [Galbraith 1970, 1973].

Si se puede convencer a los de abajo de que el sistema social está basado en la iniciativa individual, la libertad, la eficiencia y los mercados competitivos, empiezan a dudar seriamente de sus propias capacidades. Si no les va bien en este mundo tan maravilloso, es que no han trabajado esforzadamente o que carecen de las capacidades personales necesarias para tener éxito. Debe ser un defecto personal puesto que es evidente que no se trata de una deficiencia de tan perfecto sistema. Y si llegan a creérselo, no emprenderán ninguna acción colectiva para cambiar el sistema. Así, las desigualdades continuarán sin ser cuestionadas.

El *laissez faire* es impracticable

El Estado no puede ser neutral frente a la desigualdad. No ha sido neutral en el pasado, no es neutral en el presente y no será neutral en el futuro. El Estado apoya y aumenta la desigualdad *y*, simultáneamente, critica y reduce la desigualdad. Los de arriba exigen que el Estado emprenda acciones que favorecen la desigualdad. La desigualdad es instaurada por algún tipo de acción colectiva, bien sea por una acción del mismo Estado o por una acción refrendada por el Estado. En su defensa, los de abajo piden que el Estado emprenda acciones contra la desigualdad o que refrende las acciones que ellos mismos toman contra ella. Y, así, el Estado es siempre jalado para un lado y para otro; si el Estado no responde a las presiones, ésa es una respuesta, en favor de mantener el *statu quo*.

Como Jano, el Estado tiene dos rostros, es un dios luminoso y un dios oscuro cuya acción colectiva es más poderosa que las demás porque ejerce el monopolio legítimo de la violencia: decide cuáles acciones colectivas son legales y cuáles son ilegales. El Estado-Jano se puede concebir como dos Estados reunidos en uno solo al mismo tiempo: el Estado de bienestar y el Estado de guerra [Dugger y Waller 1992, Dugger 1989]. Todos los Estados modernos tienen la personalidad dividida.

Un Estado —el Estado de bienestar— emprende acciones colectivas para liberar a los últimos esclavos: las mujeres y los niños, los extranjeros y la clase trabajadora. A través de su acción colectiva en nombre de los de abajo, les extiende el derecho a votar y los derechos a participar en diferentes formas de acción colectiva; les extiende sistemas escolares, de atención médica y de representación sindical. Amplía el número de ciudadanos y sus derechos, convirtiendo a los extranjeros desposeídos y sin hogar en trabajadores sindicalizados, propietarios de vivienda, contribuyentes al erario público y votantes. Este Estado presta atención a los de abajo y responde positivamente a sus demandas; quita a los de arriba la licencia para perjudicar a los de abajo, que aquéllos consideran parte de su libertad para actuar. Del seno del Estado de bienestar mana la leche de la benevolencia humana.

El otro Estado —el Estado de guerra— emprende acciones colectivas para crear grupos subordinados degradando a esos grupos. Aprueba los códigos esclavistas y las leyes de Jim Crow. Conquista nuevos territorios, crea y defiende los derechos de propiedad, abre troneras para que los ricos eludan el pago de impuestos, otorga subsidios a inversionistas, comerciantes y especuladores. Se apropia de las pertenencias de los pueblos indígenas, de los judíos y de los moros, los expulsa de sus territorios, los tortura en las mazmorras de la Inquisición, los asesina en las cámaras de gas nazis, y envenena a sus súbditos leales con pruebas nucleares. Impone gravámenes de capitación y otras restricciones al derecho a votar, impone la segregación, quiebra sindicatos, fortalece la patriarquía, deporta a los extranjeros, bombardea e invade tierras ajenas y produce montones de cadáveres y hordas de destechados, refugiados y miserables. Declara ilegales las actividades ociosas y las drogas recreativas de los de abajo. Este Estado presta atención a los de arriba y responde positivamente a sus demandas. Su rodilla se dobla cuando se le ofrece el oro de los ricos y su pie golpea la nariz de los vencidos.

Para explicar la desigualdad, el análisis debe incluir ambos Estados y sus políticas deben ser el tema central (Clark [1966] analiza las políticas que afectan la distribución del ingreso en el contexto internacional y Shariff [1996] en los contextos estatal y federal). Los problemas no pueden plantearse en esa forma simplista que siempre coloca a los iguali-

taristas a favor del Estado y a los antiigualitaristas en su contra. En vez de blandir esas simplificaciones excesivas, es necesario examinar cuidadosamente el contexto en el que se emprenden las acciones del Estado y los intereses particulares que se ven afectados por esas acciones.

Los problemas tampoco pueden plantearse en esa forma simplista que siempre coloca a los igualitaristas a favor de la 'planeación' y a los antiigualitaristas a favor del mercado. El institucionalismo tiene mucho que decir sobre la simpleza "planeación estatal o mercado privado" [Jennings 1992]. El mercado no es un producto natural de un orden espontáneo ni el Estado un producto totalmente independiente de poder burocrático. La fórmula no es mercado o Estado, es Estado y mercado. El mercado no está en oposición con el Estado, ni es aplastado o distorsionado por su contacto. Por el contrario, el mercado es institucionalizado por el Estado. Los Estados pueden institucionalizar tipos muy diferentes de sistemas de mercado y cada tipo puede generar diferentes sistemas y grados de desigualdad (Clark [1996] analiza cuidadosamente este punto).

La institucionalización de los mercados incluye la solución colectiva de una serie de problemas. Los problemas de los mercados son problemas de acción humana, no de optimización matemática. No hay soluciones únicas ni soluciones naturales ni respuestas espontáneas ni soluciones universales. Por el contrario, los seres humanos han resuelto cada problema de muy diversas maneras. Como resultado de ello, fuera de la economía convencional no existe un 'sistema de mercado' único sino una amplia gama de sistemas de mercado diferentes. En otras palabras, mientras que la economía convencional supone que existe un sistema de mercado único y óptimo, en las economías reales se han desarrollado diferentes sistemas de mercado (por ello, el estudio de la economía convencional ha llegado a impedir la comprensión de las economías reales; Dugger [1996b] analiza el realismo en la economía). El supuesto sistema de mercado de la economía convencional genera un grado de desigualdad que luego identifica con el óptimo, de modo que cualquier cambio en el sistema reduce necesariamente su optimalidad. En este mundo de la economía convencional, el *laissez faire* es la política óptima. Sin embargo, en el mundo de las economías reales, el *laissez faire* es impracticable porque las economías no retoñan espontáneamente por arte de magia. Por el contrario, evolucionan a través de la acción colectiva continua.

Se requiere la acción colectiva para resolver las cuestiones que involucran la *participación* en el sistema de mercado en general y en mercados específicos en particular. Se deben crear y mantener condiciones de entrada y salida del mercado, lo que involucra, como mínimo, cuestiones de derecho laboral, leyes corporativas, derecho de sociedades, leyes de

conspiración, leyes de bancarrota, leyes antimonopolio y leyes sobre discriminación. Si este tipo de cuestiones no se resuelve mediante acciones colectivas del Estado soberano, serán resueltas mediante la acción colectiva de los propios interesados. Quién resuelve estas cuestiones y cómo las resuelve es algo que establece grandes diferencias en el tipo y el grado de desigualdad resultantes.

La acción colectiva es necesaria para resolver los problemas que plantea la *competencia*. ¿Qué es competencia? ¿Qué es fraude? ¿El Estado debe emprender acciones para mantener la primera y castigar el segundo? ¿Debemos dedicar más recursos del Estado para hacer cumplir la ley antimonopolios? ¿Dónde trazar la línea que separa la competencia de la discriminación? ¿Qué pasa después de que la hemos trazado? ¿Traspassarla es un asunto civil o un asunto penal? ¿Debemos pagar indemnizaciones o emprender acciones afirmativas para reparar el daño que las acciones de los de arriba ocasionan a los de abajo? ¿O debemos dejar que el daño continúe, es decir, el *laissez faire*?

La acción colectiva es necesaria para resolver las cuestiones que involucran *normas*. Sabemos que se deben establecer pesos y medidas, y hacerlos cumplir. Usualmente, eso se convierte en un deber del Estado. También son importantes otros tipo de normas. En el mercado de trabajo, son importantes las normas de remuneración, no sólo para garantizar un pago igual por un trabajo igual sino también para garantizar un pago comparable por un trabajo comparable. Las normas sobre servicios, las normas sobre información de crédito y las normas sobre la veracidad de la información para obtener préstamos son, todas, muy importantes. La forma en que se establecen y se hacen cumplir tiene efectos sobre el grado de desigualdad que se genera en un sistema de mercado particular (ver los estudios publicados por Minchinton [1972]).

La acción colectiva del Estado establece y mantiene la infraestructura de los diversos tipos de sistemas de mercado. La infraestructura del mercado suele incluir varios elementos relacionados: 1) un medio de cambio estrechamente relacionado con algún tipo de sistema bancario, 2) un marco de derechos de propiedad que asigne la riqueza y el ingreso, y tranquilice las expectativas de los participantes adinerados, y 3) un conjunto de leyes de contratos que afecta los derechos de propiedad y el carácter y la incidencia de todos los costos económicos, incluidos los costos de transacción. Si el Estado es incapaz de proporcionar alguna variedad de esa infraestructura mínima, los mercados existentes serán lugares tan peligrosos que la mayoría de los actores económicos —individuales o colectivos— evitarán los peligros del mercado y buscarán refugio en la planeación y la administración. La fórmula nunca ha sido y posiblemente nunca será 'Estado o mercado'. Ha sido, es y será 'Estado

y mercado'. Siendo así, la pregunta es "¿Cuánta desigualdad creará y permitirá el Estado para preservar la estructura del sistema de mercado?" [Brown 1992].

CONCLUSIÓN

Permítanme resumir rápidamente las razones para condenar la desigualdad. Debilita la sociedad, no la fortalece. Es un vicio, como la brutalidad, no una virtud, como la frugalidad. Llevar agua a las víctimas de la desigualdad es una buena idea, pero esto no elimina su condición de víctimas, por muy bien impermeabilizados que estén los cubos. La desigualdad es patológica y puede adquirir el carácter suicida de la locura. Los mitos permisivos unen estrechamente la irracionalidad y la desigualdad, y dan más que un tinte de demencia faulkneriana a las sociedades torpemente desiguales. La desigualdad es acumulativa: empeora continuamente en un círculo vicioso o mejora continuamente en un círculo virtuoso. El *laissez faire* no es posible. Si el gobierno actúa, las políticas ayudarán a remontar la caída o a acelerarla. Si el gobierno no actúa, eso es también una política porque así permitirá que el círculo acumulativo siga acumulando.

La desigualdad es una calamidad. Debemos convertir las espadas en arados, dar poder a quienes carecen de poder, ennoblecer a los que estigmatizamos e incluir a los excluidos para que puedan participar plenamente en el proceso de la vida.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arnold, Thurman. 1937. *The Folklore of Capitalism*. Reimpresión de Yale University Press, New Haven, Conn, 1996.
- Ayres, Clarence 1961. *Toward a Reasonable Society: The Values of Industrial Civilization*, University of Texas Press, Austin.
- Ayres, Clarence. 1929. *Holier than Thou: The Way of the Righteous*. Reimpresión de M. Kelley, Clifton, N.J., 1973.
- Brown, Douglas. 1992. "The Capitalist State as a Terrain of Rights: A Radical Institutional and Post-Marxist Convergence", Dugger y Waller [1992, 13-14].
- Clark, Charles. 1996. "Inequality in the 1980s: An Institutional View", Dugger [1996a, 197-222].
- Davis, David. 1966. *The Problem of Slavery in Western Culture*, Cornell University Press, Ithaca, N.Y.

- Dugger, William. 1981. "A Note on Institutionalism, Straw Men, and Equality", *Journal of Economic Issues* 16, septiembre, 785-91.
- Dugger, William. 1984. "The Nature of Capital Accumulation and Technological Progress in the Modern Economy". *Journal of Economic Issues* 18, septiembre, 799-823.
- Dugger, William. 1989. "The State: Power and Dichotomy", Warren Samuels, editor, *Fundamentals in the Economic Role of Government*, 49-57, Greenwood Press, Westport, Conn.
- Dugger, William. 1990. "From Utopian Capitalism to the Dismal Science: The Effect of the French Revolution on Classical Economics", Warren Samuels, editor, *Research in the History of Economic Thought and Methodology*, vol, 8, 153-73. JAI Press, Greenwich, Conn.
- Dugger, William, editor 1996a. *Inequality: Radical Institutional Views on Race, Gender, Class, and Nation*. Greenwood Press. Westport, Conn.
- Dugger, William. 1996b. "Redefining Economics", Charles J. Whalen, editor, *Political Economy for the 21st Century*, 31-43, M. E. Sharpe, Armonk, N.Y.
- Dugger, William y Waller, William, editores. 1992. *The Stratified State: Radical Institutional Theories of Participation and Duality*. M. E. Sharpe. Armonk, N.Y.
- Dumas, Lloyd. 1986. *The Overburdened Economy*, University of California Press, Berkeley.
- Foucault, Michel. 1979. *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*, Vintage Books, Nueva York.
- Galbraith, John K. 1970. "Economics as a System of Belief", *American Economic Review* 69, mayo, 469-78.
- Galbraith, John K. 1973. "Power and Useful Economist", *American Economic Review* 63, marzo, 1-11.
- Galbraith, John K. 1992. *The Culture of Contentment*, Houghton Mifflin, Boston.
- Heilbroner, Robert y Malone, Laurence, editores. 1986. *The Essential Adam Smith*, W. W. Norton, Nueva York.
- Hodgson, Geoffrey 1993. *Economics and Evolution: Bringing Life Back into Economics*, University of Michigan Press, Ann Arbor.
- Horner, Jim. 1996. "The War on Drugs: A Legitimate Battle or Another Mode of Inequality", Dugger [1996a, 225-36].
- Jennings, Ann L. 1992. "Not the Economy: Feminist Theory, Institutional Change", Dugger y Waller [1992, 117-149].
- Lane-Poole, Stanley. 1886. *The Story of the Moors in the Spain*, Reimpresión de Black Classic Press, Baltimore.

- Melman, Seymour. 1974. *The Permanent War Economy*, Simon and Schuster, Nueva York.
- Melman, Seymour. 1983. *Profits without Production*, Alfred A. Knoff, Nueva York.
- Minchinton, W. E., editor. 1972. *Wage Regulation in Pre-Industrial England*, Barnes and Noble, Nueva York.
- Miner, H. Craig. 1976. *The Corporation and the Indian: Tribal Sovereignty and Industrial Civilization in Indian Territory*, University of Missouri Press, Columbia.
- Neale, Walter C. 1991. "Who Saves? The Rich, the Penniless, and Everyone Else", *Journal of Economic Issues* 25, diciembre, 1160-1066.
- Okun, Arthur. 1975. *Equality and Efficiency: The Big Tradeoff*, Brookings Institution, Washington, D. C.
- Peterson, Janice y Brown, Doug, editores. 1994. *The Economic Status of Women under Capitalism: Institutional Economics and Feminist Theory*, Edward Elgar, Brookfield, Vt.
- Rawls, John. 1971. *A Theory of Justice*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.
- Roemer, John. 1994. *Egalitarian Perspectives*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Samuels, Warren. 1981. "Interrelations between Legal and Economic Processes", Samuels, Warren y Schmid, Allan, editores, *Law and Economics: An Institutional Perspective*, 95-110, Martinus Nijhof Publishing, Boston.
- Sharif, Zahid. 1996. "Inequality and Government", Dugger [1996a, 143-166].
- Tawney, R. H. 1967. *The Agrarian Problem in the Sixteenth Century*, 1912. Reimpresión de Harper and Row, Nueva York.
- Todorov, Tzvetan. 1984. *The Conquest of America: The Question of the Other*, Harper and Row, Nueva York.
- Tool, Marc. "Choose Equality", Dugger [1996a, 103-126].
- Tuchman, Barbara. 1984. *The March of Folly: From Troy to Vietnam*, Ballantine Books, Nueva York.
- Veblen, Thorstein. 1919. "Why is Economics not an Evolutionary Science?", Veblen, Thorstein, *The Place of Science in Modern Civilization and Other Essays*, 56-81. B. W. Heubsch, Nueva York, 1919.
- Waller, William. 1992. "Economic Security and the State", Dugger y Waller [1992, 153-171].